



Estudios Avanzados
Nº 43, 2025: 239-263
ISSN 0718-5014

Artículo misceláneo
DOI <https://doi.org/10.35588/9xzjg053>



Un ladrillo no hace un pueblo ¿y al revés? Circulación de conocimientos entre wichí y agentes indigenistas en Chaco, Argentina

*A brick does not make a town, and the reverse?
Circulation of knowledge between Wichí and
indigenous agents in Chaco, Argentina
Um tijolo não faz uma vila, e vice-versa?
Circulação de conhecimentos entre wichí e
agentes indigenistas em Chaco, Argentina*

Myriam Fernanda Perret

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Instituto de Investigaciones Geohistóricas
Universidad Nacional del Nordeste y Universidad Nacional
del Chaco Austral
Chaco, Argentina

ORCID <https://orcid.org/0000-0002-8896-6795>
myfperret@gmail.com

Recibido

24 de septiembre de 2025

Aceptado

20 de octubre de 2025

Publicado

16 de diciembre de 2025

Cómo citar

Perret, M.F. (2025). Un ladrillo no hace un pueblo ¿y al revés?
Circulación de conocimientos entre wichí y agentes indigenistas en
Chaco, Argentina. *Estudios Avanzados*, 43, 239-263,
<https://doi.org/10.35588/9xzjg053>



Resumen

Más de 120 años pasaron desde la popularidad de las enramadas hasta las viviendas de ladrillos actualmente habitadas por pobladores wichí de Misión Nueva Pompeya y El Sauzalito, en Chaco, Argentina. Nuestro objetivo es analizar la circulación de conocimientos afines a la producción de ladrillos en dichas localidades, entre 1900 y la actualidad. El trabajo se enmarca en una investigación etnográfica iniciada en 2012. Encontramos que la construcción edilicia con ladrillos constituye una manifestación de relaciones entre pobladores wichí y agentes indigenistas. Vemos que los conocimientos viajan con personas, se transmiten con el hacer y tienen sentido en términos de uso. En este contexto, «la venta», de trabajo, de ladrillos, de viviendas demuestra ser útil para compatibilizar usos que al principio parecen contradictorios.

Palabras clave: Ladrillos, wichí, franciscanos, cooperativa, programa de desarrollo.

Abstract

More than 120 years have passed since the popularity of the houses made of branches and grass until the brick houses currently inhabited by Wichí residents of Misión Nueva Pompeya and El Sauzalito, in Chaco, Argentina. Our objective is to analyze the circulation of knowledge related to brick production in these localities, between 1900 and the present day. The work is part of an ethnographic research initiated in 2012. We found that building construction with bricks constitutes a manifestation of relationships between Wichí residents and indigenist agents. We see that knowledge travels with people, is transmitted through doing, and makes sense in terms of use. In this context, the “sale”, of work, bricks, and houses proves to be useful to reconcile uses that initially seem contradictory.

Keywords: Bricks, wichí, Franciscans, cooperative, development program.

Resumo

Mais de 120 anos se passaram desde a popularidade das habitações de ramo e grama até as habitações de tijolos atualmente habitadas por moradores wichí de Misión Nueva Pompeya e El Sauzalito, em Chaco, Argentina. Nosso objetivo é analisar a circulação de conhecimentos relacionados à produção de tijolos nessas localidades, entre 1900 e o presente. O trabalho está inserido em uma pesquisa etnográfica iniciada em 2012. Constatamos que a construção com tijolos constitui uma manifestação de relações entre os moradores wichí e agentes indigenistas. Observamos que os conhecimentos viajam com as pessoas, são transmitidos por meio da prática e fazem sentido em termos de uso. Nesse contexto, «a venda», de trabalho, de tijolos, de habitações revela-se útil para compatibilizar usos que à primeira vista parecem contraditórios.

Palavras-chave: Tijolos, wichí, franciscanos, cooperativa, programa de desenvolvimento.

Introducción

Las viviendas que los wichí construían en lo que hoy se conoce como Misión Nueva Pompeya y El Sauzalito diferían notablemente de las actuales. El ladrillo, introducido en la zona por los franciscanos, se ha convertido en un elemento central de la construcción contemporánea.

Nuestro objetivo es analizar cómo circularon conocimientos ligados a la producción de ladrillos en dichas localidades, desde principios de 1900 hasta la actualidad.

El artículo se inscribe en una investigación de enfoque y método etnográfico (Guber, 2016), iniciada en 2012, orientada a analizar los procesos de mercantilización y valorización de trabajos y productos desarrollados principalmente por pobladores indígenas en interacción con agentes estatales, organizaciones no gubernamentales y empresas en la provincia del Chaco, especialmente en el departamento General Güemes (Perret, 2019). En esta ocasión, el análisis se centra en registros de campo obtenidos entre 2023 y 2025, en particular, en observaciones y entrevistas realizadas en abril de 2023 en Misión Nueva Pompeya y en julio de 2025 en El Sauzalito. Las personas en cuestión fueron contactadas a partir de vínculos construidos por la investigadora a lo largo de los años en esas localidades. Se trata de zonas de difícil acceso, ubicadas a unos 120 y 200 kilómetros por caminos de tierra (y aproximadamente a 500 kilómetros

de Resistencia, capital provincial), cuyo tránsito se vuelve prácticamente imposible durante los días de lluvia. Con miras a reponer la profundidad histórica del fenómeno analizado, la información proveniente del registro de campo se articula con material de archivo. Para preservar la identidad de las personas entrevistadas, los nombres presentado son ficticios.

Antes de avanzar, es necesario ofrecer un breve panorama histórico del territorio y de sus habitantes. Los wichí, pertenecientes a la familia lingüística matak-mataguaya, sostenían su subsistencia mediante actividades de recolección, caza, pesca y meleo, entre otras (Franceschi, 2022; Montani, 2017).

Desde la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a llegar religiosos de distintas órdenes con el propósito de «civilizar» y evangelizar a las poblaciones locales (Ceriani Cernadas, 2013; Franceschi, 2022). Hacia 1870, los wichí que vivían a orillas del río Bermejo emprendían viajes estacionales hacia los ingenios azucareros. En aquellos lugares, recordados tanto por el sufrimiento como por la abundancia, conseguían objetos nuevos —hachas, cuchillos, espejos, ropa, zapatos— y alimentos industriales que, con el tiempo, se volverían parte de su vida cotidiana (Franceschi, 2022).

Entre 1884 y 1911, las campañas militares lideradas por Benjamín Victorica y Enrique Rostagno profundizaron la conversión de los indígenas en obreros o peones

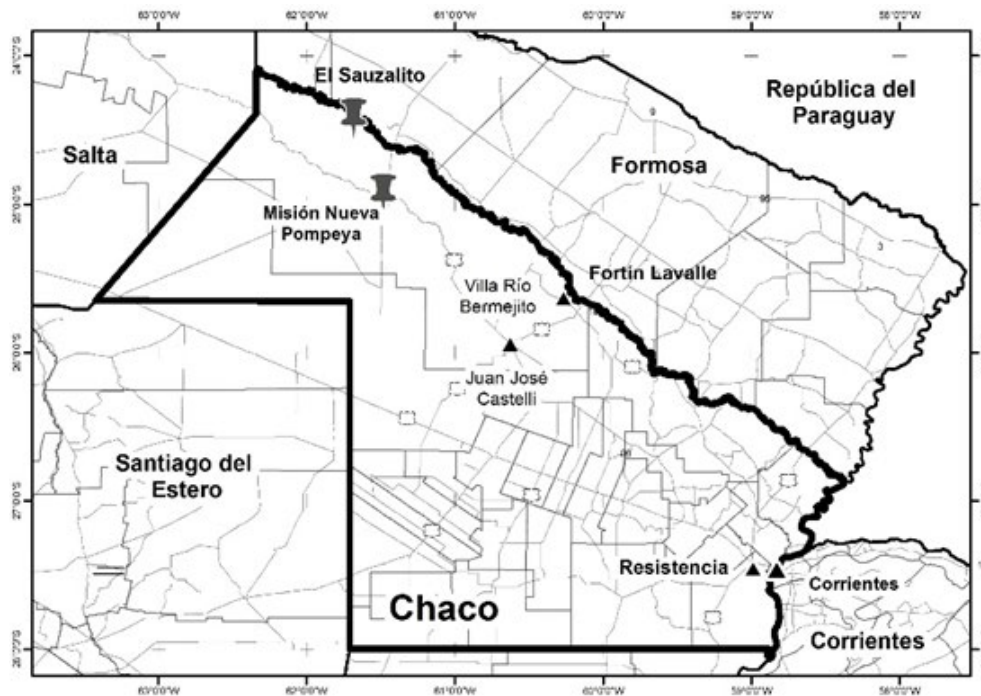
(Franceschi, 2022; Iñigo Carrera, 1979, 1998; Pompert de Valenzuela, 2003). Hacia fines del siglo XIX, los pastizales entre los ríos Bermejito y Teuco comenzaron a atraer a criollos provenientes de Salta y Santiago del Estero, que se asentaron allí con su ganado (Franceschi, 2022).

Durante la segunda mitad del siglo XIX los franciscanos fundaron Misión Nueva Pompeya y a su partida, en 1949, se sucedieron conflictos entre los wichí y los criollos, los viajes de los wichí a la cosecha del algodón en Juan José Castelli, entre otros acontecimientos (Franceschi, 2022). Finalmente, hacia fines de la década de 1960, en el contexto de las transformaciones impulsadas

por el Concilio Vaticano II (1962-1965), llegaron a la zona personas a las que llamaremos «agentes indigenistas» por su labor en el marco de programas de desarrollo rural u otros emprendimientos, tendientes a mejorar las condiciones de vida de los indígenas.

Misión Nueva Pompeya y El Sauzalito se localizan en el Departamento General Güemes, provincia de Chaco (Figura 1). De acuerdo al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022, las localidades cuentan con 5.317 y 8.366 habitantes respectivamente (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, 2022).

Figura 1. Localización de El Sauzalito y Misión Nueva Pompeya
Figure 1. Localization of El Sauzalito and Misión Nueva Pompeya



Fuente/source: Carolina Perret.

A continuación, se presenta, en primer lugar, una revisión de los estudios bibliográficos que analizan la incorporación de distintos materiales en construcciones edilicias, en contextos de relaciones interétnicas. En segundo término, abordo los procesos históricos que impulsaron la fabricación de ladrillos por parte de los franciscanos

y otros agentes indigenistas. Luego, se detallan los aspectos técnicos involucrados en dicha producción. Posteriormente, se profundiza en el análisis a la luz de los aportes conceptuales de los autores revisados en el primer apartado. Finalmente, la conclusión retoma y articula algunas cuestiones tratadas a lo largo del texto.

Relaciones interétnicas y construcción edilicia

Montani (2017) describe la vivienda utilizada por los wichí antes y luego de la sedentarización. Anteriormente, la edificación consistía en una choza semiesférica construida con una estructura de palos clavados y atados, cubierta con ramas, hojas, pasto o paja. Este tipo de vivienda se adecuaba perfectamente a la circulación por el territorio en consonancia con el ciclo anual. Era elaborada por las mujeres y su orientación respondía a las condiciones climáticas: en invierno, la puerta se dirigía hacia el norte; en primavera y verano, hacia el este o el oeste, para protegerse de los vientos cálidos y polvorientos. Servía como refugio frente a las inclemencias del tiempo, resguardo del fuego, depósito de alimentos y enseres del grupo doméstico y espacio para dormir durante el invierno. Hacia 1980, en Los Baldes (Formosa), comenzaron a construirse las primeras casas «al estilo criollo», con paredes de quinchá¹ en

lugar de adobe (Montani, 2017: 193). En este nuevo modelo, apunta el autor, los varones asumieron la mayor parte del trabajo constructivo, restándole a las mujeres la recolección de varillas y matas de cabra yuyo y la confección de las paredes.

En 1995 [...] los wichís de Los Baldes consiguieron fondos para fabricar las anheladas casas de material. [...] Los fondos fueron suministrados por las mismas instituciones que financiaron la construcción del centro comunitario: la diócesis de Orán y la Nación. [...] Cada familia eligió el sitio donde emplazarla y los varones las construyeron con la [siguiente] metodología de trabajo cooperativo: [...] después de recibir una breve capacitación, fabricaron los ladrillos, hicieron los cimientos, levantaron las paredes, colocaron los techos de chapa, fabricaron las aberturas y pintaron todo. Por su trabajo recibían veinte pesos de mercadería diarios. (Montani, 2017: 198)

1 «Quinchar» (*ijwin lëwukwe*, «teje su vivienda») es responsabilidad femenina. La tarea consiste en fabricar un armazón de varillas —por ejemplo de duraznillo— que cubra del suelo al techo uno o varios de los espacios que quedan entre poste y poste en el perímetro de la casa,

y en atar sobre este armazón matas de ramas finas con hojas —también de duraznillo o retama, [...] «cafecilla», etcétera» (Montani, 2017: 196).

Las casas hechas con ladrillos eran un bien muy anhelado por los wichís de Los Baldes. Su construcción fue posible gracias a fondos aportados por organismos eclesiásticos y gubernamentales, y se llevó a cabo exclusivamente por varones. El proceso formó parte de una metodología de trabajo que combinaba instancias de capacitación con la elaboración *in situ* de los materiales y la remuneración por las tareas realizadas durante la etapa de formación. Mientras las viviendas construidas con ladrillos eran totalmente diferentes a la «vivienda tradicional», eran similares a las viviendas de los criollos y a las que tuvieron en su momento los anglicanos (Montani, 2017: 198).

¿Cómo interpretar la adopción del ladrillo en contexto de relaciones interétnicas? Recurramos al análisis que hace Mura (2000, 2017, 2019) sobre la organización habitacional de los kaiowa, grupo étnico de habla guaraní de Mato Grosso do Sul, Brasil. El autor comienza por analizar las razones por las cuales los indígenas abandonaron las *oygusu*, grandes construcciones que en su interior albergaban familias extensas. Rechaza explicaciones que ponen el acento en procesos de aculturación (los cambios en la construcción serían resultado de influencias externas al grupo indígena) y transformación estética (mantenimiento de la organización social y cultural del grupo, los cambios en la construcción estarían ligados a factores demográficos y a escasez de materiales apropiados), por tener el siguiente problema: suponen

una originalidad del ser kaiowa que descansa en una condición pretérita. En vez de repetir ese modo de pensar, Mura parte de las construcciones contemporáneas realizadas por los kaiowa, al preguntarse por qué son habitadas del modo en que son habitadas y revisar las transformaciones históricas que llevaron a la organización habitacional actual. El autor postula que los conocimientos técnicos, insertos en contextos socio-ecológico-territoriales, configuran construcciones edilicias: hechas con materiales provenientes tanto del bosque como de la ciudad, con una amplia variedad de formas, acordes a las opciones técnicas y las características de los materiales utilizados (entre otros aspectos), organizadas espacialmente según una jerarquía de funciones a cumplir por la vivienda y con una valoración subordinada a las relaciones comunitarias.

En definitiva, Mura demuestra que es el uso de materiales más que la producción lo que orienta las acciones de los kaiowa sobre la materia. La necesidad de uso conlleva recolectar o intercambiar materiales que posteriormente serán transformados y tornados útiles a los fines de los kaiowa. Como muchos de los materiales usados en las obras arquitectónicas (chapas metálicas, tejas de fibra de cemento, etcétera) y casi todas las herramientas requeridas para la construcción, no son producidos por estas personas, pues sus actividades se centran cada vez más en técnicas de adquisición en vez de en técnicas de producción. De esta manera,

los kaiowa establecen vínculos con los no indígenas, accediendo así a mercaderías, herramientas, entre otros (Mura, 2017, 2019).

Es en este marco que Mura entiende el destino histórico de la *oygusu*, de «casa» a «casa de oración». La función primaria se transformó, denotando relaciones cosmológicas, distintividad étnica y relaciones políticas interétnicas. Al respecto, las reivindicaciones de los kaiowa presentadas ante agentes indigenistas

—por ejemplo, la Iglesia católica y la Fundação Nacional do Índio (FUNAI)—, idealizando la vida pasada y relacionando los males actuales con la pérdida, por ejemplo, de las *oygusu*, promovió el apoyo financiero para la construcción de estas edificaciones.

A fin de cuentas, la construcción edilicia con ladrillos también constituye una manifestación de relaciones interétnicas inmersas en un contexto histórico y ambiental específico.

Los franciscanos promueven la producción de ladrillos en Misión Nueva Pompeya

Antes de 1900, la zona hoy conocida como Misión Nueva Pompeya era recorrida por mayordomos de los ingenios salteños que, «por medio de los caciques», reunían a las personas para llevarlas a trabajar en la zafra de Salta (Hermitte, 1995: 30). En ese contexto, los primeros franciscanos que arribaron desde Orán, en Salta, propusieron a los caciques que en lugar de trasladarse a la zafra permanecieran en el lugar junto a ellos, lo cual fue aceptado por el cacique Donato (Hermitte, 1995: 30). Los religiosos contaron además con el acompañamiento y la protección de algunas familias wichí (Franceschi, 2022).

De este modo, los misioneros pertenecientes a los Colegios Franciscanos de Propaganda Fide fundaron en 1900 la misión Nuestra Señora de Pompeya, en terrenos áridos a orillas del río Bermejo

—antiguo cauce del río Bermejo o Teuco— (Beck, 2022; Giordano, 2004). Su labor se inscribió en la «tarea civilizadora-evangelizadora» impulsada conjuntamente por el Estado y la Iglesia, en un contexto de sometimiento de los pueblos indígenas de la región (Beck, 2022; Giordano, 2003: 6; Iñigo Carrera, 1979; Trinchero et al., 1992). En particular, los franciscanos buscaban transformar a los indígenas en una comunidad sedentaria y enseñarles diversos oficios (Franceschi, 2021).

Durante la presidencia de Julio Argentino Roca se autorizó la fundación de las mencionadas misiones, concediéndoles tierra a ser mensurada contemplando la formación de un pueblo, ejido urbano y lotes rurales de 100 hectáreas de extensión cada uno (Beck, 2022). Según Beck (2022: 83), al cabo de cinco años, si los misioneros lograban «reducir un número de 250 familias en Laishí y 150 en Nueva

Pompeya y San Francisco Solano», el gobierno nacional les otorgaría los títulos definitivos de propiedad; de lo contrario, la concesión quedaría sin efecto. Desde 1914, las misiones se regían por reglamentos que establecían la remuneración con un jornal para los indígenas que trabajaban en las tierras asignadas por los religiosos, la entrega gratuita de raciones de carne, maíz y yerba a las familias mientras no alcanzaran su autosustento, y la obligación de dedicar un día semanal a tareas comunitarias, como el

mantenimiento de calles, caminos y alambrados (Beck, 2022).

Fue fray Bernabé Tambolleo el primero en administrar Misión Nueva Pompeya (Beck, 2022). Desde su llegada se construyeron en la zona varias edificaciones. Para 1915 construyeron la casa misional, la escuela, la casa de huéspedes y «viviendas de aborígenes», todas ubicadas en torno a «la manzana central reservada como plaza» (Viñuales, 1977: 28) (Figura 2).

Figura 2. Vista de La Misión y la escuela tomada hacia 1925
Figure 2. View of La Misión and the school taken around 1925



Fuente/source: Viñuales (1977).

Viñuales (1997) describe los pormenores de la construcción de la casa misional. En 1903, tras la mensura de las 20.000 hectáreas asignadas por el gobierno nacional, comenzó la construcción con materiales cocidos, bajo la dirección de Emilio Cairo, albañil especializado en el corte y quema de ladrillos. Al año siguiente, el prefecto trajo de Frías un nuevo albañil, Pedro Magada, quien organizó la producción de ladrillos y supervisó

las primeras etapas de la obra. Ese mismo año Magada viajó a Rivadavia en busca de cal y a Salta en busca de un albañil ayudante. Posteriormente, se sumó otro albañil, Rivero, encargado de las tareas más delicadas de la construcción, mientras Magada continuó con la cocción del material. Hacia 1907, Magada permanecía al frente de los trabajos, y entre 1907 y 1908 se reincorporaron a la misión dos carpinteros, un sombrerero y un oficial

albañil que habían sido enviados por los religiosos a Salta para capacitarse en el oficio (Viñuales, 1997).

En 1910 la administración de la Misión le fue encargada al padre Rafael Gobelli (Teruel, 1995), quien continuó propiciando la construcción edilicia con ladrillos. Al respecto, el religioso informa: «en las misiones se enseña prácticamente a los indios, á arar, á sembrar, á cortar y aserrar maderas, á cortar y quemar ladrillos y otras muchas cosas» (Gobelli, 1912: 72). Nótese que habla de una enseñanza práctica. La misma estaría ligada, por un lado, a la guía *in situ* brindada por los religiosos (Perret, 2022), y por otro lado, a la enseñanza unida al hacer. Ambas cuestiones se ponen de manifiesto con la construcción de obras edilicias y la fabricación de ladrillos, guiada ya sea por Gobelli, ya sea por un albañil (Gobelli, 1912, 1913).

Por falta de ladrillos, a fines de febrero [año 1912] se suspendió la construcción de la escuela y recién en mayo pude conseguir que se quemaran dos hornos. Cuando el material estaba listo para reanudar los trabajos, el albañil me dejó plantado, marchándose a Salta, so pretexto de que tenía que construir una casa para sí. Tuve, pues, que pedir quememandaran otro de Salta. En toda esta región del Chaco, no hay un solo albañil. Los pobladores no precisan esta clase de obreros, porque todos construyen sus casitas o ranchos con paja. Esta clase de construcciones se hacen en un momento y no demandan tantos dolores de cabeza, mientras que las de material cosido, cuestan un platal, por la falta de obreros y

los elementos necesarios. (Gobelli, 1913: 19)

La participación de albañiles o de personas formadas en el oficio resultaba decisiva. Si bien, como se mencionó, al menos un «oficial albañil» había sido enviado por los franciscanos a Salta para capacitarse (Viñuales, 1997), Gobelli señalaba que «en toda esta región del Chaco no hay un solo albañil», atribuyendo esta ausencia al escaso interés de los pobladores por ese tipo de construcciones. Las edificaciones de ladrillo contrastaban de manera evidente con las viviendas de paja autoconstruidas en la zona, tanto por los tiempos y condiciones de elaboración (repercusión de condiciones climáticas, en particular, exceso o escasez de lluvias) como por la necesidad de especialistas y de recursos monetarios.

La producción se realizaba tanto para el fraile como para terceros, aparentemente siempre mediada por un pago en dinero, en consonancia con la reglamentación vigente en las misiones. Gobelli «hace cortar» material y «hace quemar» hornos para fabricar ladrillos, a cambio de dinero (Gobelli, 1912: 87). Los indígenas como «peones» u «obrereros» a veces abandonan temporalmente Misión Nueva Pompeya para cortar ladrillos en otros lugares a cambio de un pago en dinero (Gobelli, 1912: 87; Gobelli, 1913: 8).

La cooperativa de Misión Nueva Pompeya y la producción de ladrillos a fines de los años 60, principios de los 70

Franceschi (2022) reconstruye los acontecimientos que tuvieron lugar tras la partida de los franciscanos de Misión Nueva Pompeya en 1949. Ese año el control pasó a manos de Rogelio Ledesma, un ganadero correntino de relevancia regional. Poco después fue reemplazado por su yerno, Missetich, propietario de un almacén dentro de la misión, quien permaneció al frente hasta su fallecimiento en 1962, momento en que asumió la administración Kloster, comerciante de Castelli y descendiente de los alemanes del Volga. La autora afirma que, al cabo de la partida de los franciscanos, las relaciones entre criollos e indígenas se deterioraron, y los arduos viajes —a pie o en burro— hacia Juan José Castelli para participar en la cosecha de algodón se convirtieron en una de las principales fuentes de sustento para los wichí. En ese contexto adverso, puntualiza Franceschi, algunos pobladores wichí emprendieron sucesivos viajes a Resistencia, capital de la provincia, para solicitar ayuda al gobernador, quien involucró en el asunto a Cervera, entonces director de la Dirección Provincial del Aborigen. Estos desplazamientos, en especial el protagonizado por Simón Lazarte, fueron interpretados por los wichí como un punto de inflexión: modificaron el destino de la antigua misión y marcaron un nuevo comienzo con la llegada de

Guillermina Hagen al lugar (Franceschi, 2021, 2022).²

Guillermina Hagen Montes de Oca, perteneciente a la Congregación de Hermanas del Niño Jesús, llegó a Misión Nueva Pompeya en 1969 (Lanusse, 2007; Leone, 2019, 2022). Junto con muchas otras personas fundó una cooperativa (Cooperativa de Trabajo Agrícola y Producción e Industrialización Nueva Pompeya Limitada, 1972) desde la cual se promovió la agricultura, la construcción, la producción de artesanías para la venta, el desempeño de trabajos en el ámbito de la Misión (almacén, despensa y enfermería) y la explotación forestal (Hermitte, 1995; Iñigo Carrera, 1999; Lanusse, 2007; Perret, 2023)³.

En cuanto al impulso a la construcción, en el informe dirigido a Castelán, ministro de Bienestar Social, firmado por el presidente de la cooperativa (Santos Hernández), con fecha 27 de noviembre de 1972, se indica lo siguiente: «Las primeras fuentes de trabajo creadas fueron las ladrillerías para hacer material para calzar los pozos de agua y una

2 Tanto Ceriani Cernadas (2013) como Pompert de Valenzuela (2005) resaltan la agencia indígena: el primero en los vínculos de qom y wichí con misioneros protestantes, y la segunda en la participación política de los caciques en sus peticiones a distintos niveles del Estado.

3 En 1973 se produce el apresamiento de los directivos de la cooperativa y asesores, y en 1975 es intervenida por el Instituto Nacional de Cooperativas (Iñigo Carrera, 1999). Entre 1977 y 1980 los wichí retomaron la conducción de la institución, que funcionó con altibajos, hasta su disolución en 1996 (Franceschi, 2021, 2022).

incipiente agricultura». Francisco Matorras afirma:

Y después nos hicieron hacer ladrillos y nos tocaba a nosotros. Nosotros no sabíamos, pero alguno que ya había trabajado en la colonia ya sabía. Y cuando ya teníamos todo hecho armamos un horno y cuando se terminó el horno ya lo entregamos a la Guillermina, que ya está el horno, ya está quemado y salió bien. Ella le avisó al obispo de Sáenz Peña, Di Stefano, y él vino a ver la ladrillería. (Francisco Matorras en Franceschi, 2022: 106)

Aprender a hacer ladrillos implicaba la participación de personas que sabían hacer ladrillos, es decir, que habían

aprendido a hacerlos. Con este material se construyeron pozos de agua y casas de los empleados de la Misión a cambio de un pago en forma de provista y almuerzo, que, al menos entre 1969 y 1970, se hacía con recursos provenientes de la Dirección Provincial del Aborigen. De todos modos, en ese entonces las construcciones hechas con ladrillos sumaban solo seis (el edificio de La Misión y cinco viviendas pertenecientes a pobladores indígenas), un número bajo en comparación con el número total de viviendas relevadas (88, construidas mayoritariamente con madera, barro y paja) (Hermitte, 1995).

Producción de ladrillos en El Sauzalito entre 1973 y 1985

Luego de formar parte, por unos meses, del trabajo realizado por la cooperativa en Misión Nueva Pompeya, el expasionista Diego Soneira, junto a otras personas, llegó en 1973 a lo que actualmente se conoce como El Sauzalito, con el cargo de supervisor de la Dirección del Aborigen (Doyle, 1997; Leone, 2022). Al igual que en el caso de Guillermina en Misión Nueva Pompeya, cuya llegada se asocia a las gestiones de pobladores wichí ante el gobernador (Franceschi, 2022), la presencia de Soneira en El Sauzalito se atribuye a las gestiones del cacique Ernesto Reynoso ante el gobierno provincial, en particular con René James Sotelo, director de la Dirección del Aborigen (Perret, 2024).

Como en Misión Nueva Pompeya, en El Sauzalito se promovió la explotación forestal, la construcción

del pueblo y la agricultura.⁴ Al respecto, relata Soneira en Doyle (1997):

Empezamos los laburos, en la parte agrícola. No nos metimos para nada en el monte, ni nada de eso. Fuimos trabajando. Casi inmediatamente de empezar, yo salí a buscar un ladrillero que era el viejo Luis Romero, para empezar la parte de ladrillos, porque pensábamos que era importante avanzar en el tema de la construcción. La gente en ese momento acá en Sauzalito vivía en enramadas. Ranchitos palo pique chiquitos. El único rancho bueno era el de un hermano de Reynoso. Reynoso tenía uno de adobes:

4 Durante el segundo gobierno de Deolindo F. Bittel (1973-1976), que coincide con la gestión de René James Sotelo en la Dirección del Aborigen y con los primeros años de trabajo de Soneira y compañía en El Sauzalito, la fabricación de ladrillos fue activamente fomentada en la provincia (Pompert de Valenzuela, 2003).

los dos, el de él y del hermano. Y el templito anglicano, que estaba mantenido por Navarrete. David Navarrete. Estaba el templo hecho ahí. Pedimos permiso, cuando llegan las primeras herramientas, para guardar ahí las cosas. La iglesia anglicana nos recibió muy bien. [...] Viene el ladrillero, empezamos con la ladrillería, la gente pide trabajar en el monte. Conseguimos los permisos forestales, empezamos la cortada de quebracho, y eso fue lo que dio trabajo a la gente e hizo que se incrementara la que venía. (Diego Soneira en Doyle, 1997: 249)

El aprendizaje referido a la fabricación de ladrillos se viabilizó mediante la intervención de personas capacitadas en el oficio. En este caso es Soneira, quién «sale a buscar» a un ladrillero para iniciar el proceso de construcción edilicia. De manera coherente con lo expuesto en los apartados anteriores, las construcciones de la zona, en general, no se realizaban en ladrillo.

Antes de su contacto con los blancos [los wichí] solían construir una especie de chocitas con ramas (aún los llaman enramadas), principalmente para sombra. Una de las formas de referirse a su casa es con el término «hep» que significa precisamente sombra. También en algo los guarecía del viento y la lluvia. [...] Al volverse más sedentarios, y asumir la propiedad privada, comenzaron a construir ranchos, copiándoselos a los criollos. (Doyle, 1997: 148-149)

En 1980 Doyle fue nombrado delegado municipal del paraje Tres Pozos (ubicado a aproximadamente 30

kilómetros de El Sauzalito, río arriba) por Diego Soneira, en ese entonces comisionado municipal. En ese lugar, los pobladores wichí hacían sus viviendas como las de los criollos, con horcones de madera, paredes de palo pique atadas con lonjas de corteza de yuchán y revocadas con mezcla de barro y guano de chivo (Doyle, 1997). Eventualmente Doyle promovió la construcción con ladrillos.

Conseguimos un aporte del Municipio, con el cual pagamos a un aborígen ladrillero llamado Ramón Navarrete, quien dio un curso en Tres Pozos. Bajo la dirección de Ramón quemaron un horno de primera categoría. Nosotros lo compramos y edificamos con él la primera parte de nuestra casa de material. Al poco tiempo algunos quisieron hacer también su vivienda de ladrillos, varios de ellos quemaron hornos, organizamos un curso de albañilería, la construcción del puesto sanitario, y los primeros pasos de una nueva escuela. (Doyle, 1997: 47)

Figura 3. Ramón Navarrete, primer concejal de la Municipalidad de El Sauzalito junto a su familia

Figure 3. Ramón Navarrete, first councilor of the Municipality of El Sauzalito with his family



Fuente/source: Dorfman (1988).

El sistema productivo comenzó con la llegada de Ramón Navarrete, experto en el oficio, quien además de producir, enseñó a otros, y años más tarde, en 1983, sería electo concejal municipal (Figura 3). Los pobladores parecen entusiasmarse al ver el tipo de edificaciones que podrían hacer con ladrillos, impulsándose a aprender-hacer-construir. Sin embargo, las viviendas de material solían ser abandonadas, ya que la duración propia de las construcciones con ladrillos cocidos entraba en tensión con la «pauta cultural» de destruir la

choza cuando sobre ella se posaba el arcoíris o cuando fallecía alguno de sus ocupantes (Doyle, 1997: 149). Al respecto, continúa Doyle:

Recuerdo la zozobra nuestra cuando, con apoyo del municipio, le ayudamos a un aborigen a construir su casita, de ladrillos, techo de chapas de zinc, puerta, ventana... A los meses falleció el padre que vivía con él. Ahí no más se puso a desarmar la casa. Se trató el tema en reunión... se habló de cómo han cambiado los tiempos... construir la casa cuesta mucho... Al final estuvieron más o menos de

acuerdo... pero si alguien muere si bien no desarmen la casa si es de material, buscan venderla e irse a otro lado. (Doyle, 1997: 149).

Como ya lo expresaba el franciscano Gobelli, el costo de una vivienda con

ladrillos es mayor al de la enramada. A pesar de esto el propietario de la vivienda de ladrillos que Doyle describe procede como lo haría con una enramada, esto es, como si dicho «COSTO» NO TUVIERA NINGUNA IMPORTANCIA.

Ladrillos hoy en Misión Nueva Pompeya y El Sauzalito

El 26 de julio de 2025 conversé con Marcelo, un poblador criollo de El Sauzalito, casado con una mujer wichí cuyo abuelo había trabajado con Soneira en 1983. Antes de desempeñarse como docente, Marcelo se dedicaba a la fabricación y venta de ladrillos, un oficio que aprendió de su padre, fallecido en 1985.

Cuando tenía alrededor de diez años Marcelo vivía con su familia en Pozo de los Suris (paraje distante a quince kilómetros aproximadamente de Misión Nueva Pompeya). Su padre «trabajaba con Guillermina, era artesano». En una oportunidad, aprovechando que sabía hacer casas de adobe que aprendió de sus abuelos que habían migrado desde Salta, tomó un curso de cerámica con barro organizado por Guillermina. Allí aprendió a hacer tejas curvas para el techo y a quemar. En el año 1979 Diego Soneira lo contrató para enseñar a hacer ladrillos en Corral Quemado (ubicado entre Misión Nueva Pompeya y El Sauzalito), donde trabajó con «dos jefes o mandamás wichí» que «reunían a su gente».

Los conocimientos ligados a la fabricación de ladrillos viajan con las personas que aprendieron a hacerlos.

Aquí, la transmisión de abuelos salteños se combina con «el curso» que se imparte en Misión Nueva Pompeya cuando Guillermina vivía en la localidad. Luego, el padre de Marcelo, capacitado en ladrillería, es reclutado por Soneira (posiblemente se hayan conocido en Misión Nueva Pompeya en el marco del desarrollo de las actividades de la cooperativa), para transmitir conocimientos en una localidad próxima a El Sauzalito.

Marcelo me explicó que en la zona hay dos sistemas para producir ladrillos: con turbina y sin turbina. Su padre trabajaba con turbina, sistema que transmitió a sus hijos. Luego de la conversación visitamos algunas ladrillerías localizadas en los alrededores de El Sauzalito, tanto de propietarios criollos como de propietarios wichí. No encontramos el sistema con turbina que Marcelo quería mostrarme. Sin embargo, en abril del año 2023 lo ubiqué en la ladrillería de Sebastián (poblador wichí de Pozo del Toba, paraje ubicado a unos cinco kilómetros de Misión Nueva Pompeya), aunque él no usó esta terminología cuando describió y mostró su trabajo (Figura 4).

A continuación, reconstruyo el sistema de producción de ladrillos con turbina de Sebastián. Lo complemento con las explicaciones dadas por

Marcelo y por Juan, este último, ladrillero criollo al que visitamos en El Sauzalito en 2025.

Figura 4. «Mezcladora», uno de los elementos que forman parte de «la turbina»

Figure 4. “Mixer,” one of the elements that are part of “the turbine”



Fuente: fotografía de la autora. Source: author's photograph.

Sebastián, yerno de un pastor anglicano —cuyo hermano viajó a Resistencia para solicitar ayuda al gobierno y propició la llegada de Guillermina a la zona a fines de los años sesenta—, aprendió el oficio de la ladrillería haciendo ladrillos y trabajando junto a otras personas. Un día estaba con un amigo que le dijo «me hace falta ladrillo». Entonces Sebastián dijo «voy a hacer ladrillo», a lo que su amigo respondió «vamos a hacer, yo sé un poco». Enseguida se sumó el vecino. Conocía un poco el tema porque aprendió trabajando con otro hombre que hacía ladrillos. Pusieron manos a la obra: «cortábamos, hicimos, nos salió bien» aclaró Sebastián. Pronto se encontraron con el momento de la cocción. Como no sabían hacer el horno decidieron contratar a dos personas con este conocimiento («un

aborigen» y «un criollo»), para aprender de ellos. «Hicimos dos, tres veces hasta que salió» puntualizó Sebastián. Ese mecanismo de aprendizaje luego fue replicado por el hermano de Sebastián, quien se juntó con uno de los hombres que aprendió con este último y dieron inicio a un nuevo núcleo productivo.

Así, fabrican ladrillos «de primera» y «de segunda», principalmente a partir de encargos. Estos son solicitados tanto por indígenas como por no indígenas de la localidad.

El proceso comienza con la obtención del material principal: la tierra. Esta no debe contener salitre, el cual se hace visible tras la lluvia o el rocío, cuando aparecen manchas blancas sobre la superficie.

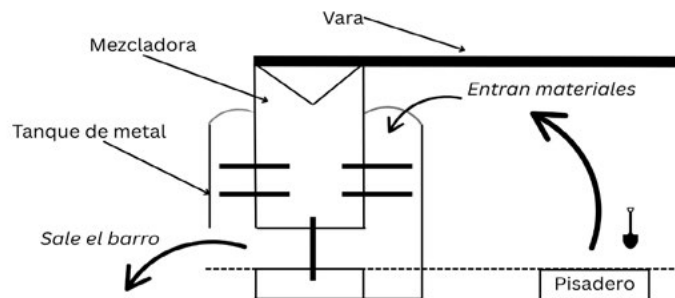
La tierra se mezcla con hojas de duraznillo en el «pisadero», cuya

dimensión depende de la cantidad de ladrillos a fabricar. También se puede usar estiércol de cabra o de burro o de vaca. Se alternan capas de hojas y tierra; luego se humedece con agua, en un proceso que puede demorar unos tres días. La usada por Sebastián proviene de una represa que conectó con una laguna.

A continuación, el material humedecido se mezcla y transforma en barro con la «turbina» (Figura 5). Con una pala, se cortan bloques de capas de tierra y hojas humedecidos y se colocan dentro de un tambor de metal de aproximadamente doscientos litros de capacidad. Se mezclan

los materiales con la «mezcladora», instrumento fabricado con un poste ancho de madera en cuyo extremo superior, transversalmente, se encastra otra madera o «vara» y desde la mitad hacia abajo se atraviesan varios trozos cilíndricos de madera de menor tamaño y diámetro. La mezcladora ubicada dentro del tanque de metal, en el centro, se encastra en un hierro que a su vez está prendido a una madera enterrada en el suelo. Entre la mezcladora y el encastramiento al suelo hay un espacio. Al hacer girar la mezcladora con la vara (el giro abarca el pisadero, se lo puede hacer girar con un animal o con un humano), el barro preparado sale por aquel espacio.

Figura 5. La turbina
Figure 5. The turbine



Fuente: elaboración propia. Source: own elaboration.

Al momento de nuestra conversación, Sebastián había modificado la estructura de la mezcladora, reemplazando uno de los trozos pequeños de madera por una pieza de hierro. Lo hizo siguiendo el consejo de otro fabricante de ladrillos —un criollo—, quien le aseguró que al

mezclar con hierro, en lugar de madera, obtendría un barro más «manejable».

El barro se recoge y se traslada hasta una mesa de madera diseñada para trabajar parado. El barro se coloca dentro del molde rectangular, abajo del cual, entre la mesa y el molde, se ubica una madera desmontable. La persona

luego se traslada, se agacha, da vuelta el molde y deposita los «adobes» sobre el suelo. Con la madera desmontable alisa la superficie que queda boca arriba. Con el molde vacío vuelve a la mesa, lo moja con el agua que tiene a su alcance y repite el procedimiento.

Los adobes depositados en la «cancha de secado» se secan al sol. La duración varía según las condiciones climáticas. En caso de lluvia se utiliza un plástico rectangular como cubierta; de lo contrario, se corre el riesgo de obtener ladrillos «llovidos» o poceados «como con viruela». Una vez secos se trasladan en carretilla y se arma el horno.

El horno utilizado para la cocción se construye con los mismos adobes que, una vez quemados, se convertirán en ladrillos. Las paredes de la pila de adobes o ladrillos —cuya altura y extensión varían según la cantidad de piezas a cocer— se revocan con el mismo barro empleado en su fabricación. Se fabrican dos canales centrales donde se coloca la leña que se quema en un primer momento. Los mismos permanecen conectados con el exterior a través de cuatro aberturas localizadas en los extremos. En los laterales se hacen otros dos canales, llamados «vizcachera», en los cuales también se coloca leña. Los mismos no cuentan con aberturas hacia el exterior. En cambio, pequeñas aberturas los conectan con los canales centrales.

El día de nuestra conversación, Sebastián y sus compañeros estaban quemando una tanda de 2.500 ladrillos por encargo. Iniciaron el fuego a las diez de la mañana y fueron aumentando

la temperatura de manera gradual, según la intensidad del viento. Durante unas doce horas mantuvieron el abastecimiento constante de leña para no interrumpir la cocción. Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, taparían las bocas del horno y dejarían reposar los ladrillos durante una semana. Pasado ese tiempo, desarmarían el horno y retirarían las piezas ya frías.

En el predio de Sebastián, a una distancia no mayor a cien metros cuadrados, convivían al menos un horno activo, un horno desarmado y otro en construcción. Sebastián aprovecha los ladrillos partidos de los hornos desarmados «para rebuscarse, conseguir algo de plata». Los muele y vende como escombros, a personas que los usan para hacer contrapisos.

En 2025, durante nuestra visita a su ladrillería en El Sauzalito junto a Marcelo, Juan destacó que hacer ladrillos es «todo un sacrificio». Explicó que, si bien la producción se detiene cuando llueve, si la lluvia comienza con la quema ya avanzada, deben continuar la cocción a pesar del agua. «Uno se moja, te acercás al fuego, te llega el calor y te hace mal», comentó. El calor del horno también afecta los ojos y resulta insoportable en verano, cuando las temperaturas en la zona pueden superar los 45 °C. Aunque el horneado se vuelve más tolerable en días frescos, el mezclado en el pisadero representa otro problema cuando no se dispone de turbina y la masa debe trabajarse con los pies.

Discusión

La adopción paulatina del ladrillo en Misión Nueva Pompeya y El Sauzalito, de modo similar a lo indicado por Montani (2017), implicó la puesta en marcha de una metodología de trabajo. Desde el 1900 hasta, al menos, 1980, cada vez que los agentes indigenistas comenzaban a promover la construcción con ladrillos «buscaban» a una persona conocedora del oficio para que realizara una «capacitación» o un «curso» en favor de los wichí y criollos invitados. Salían a buscar a una persona porque en la zona no había quién supiera fabricar ladrillos, al mismo tiempo que las edificaciones no se hacían con ladrillos. A diferencia de lo señalado por Montani (2017), las personas asistentes a estos cursos parecen no haber recibido una retribución monetaria o en especie por asistir. En cambio, la retribución se configura en instancias posteriores, en términos de intercambio de trabajo por dinero o equivalente. Esto es, se hacen ladrillos para el uso de alguien más, el empleador o comprador, quien los adquiere a cambio de un pago.

De forma semejante a las tratativas de los kaiowa tendientes a establecer vínculos con los agentes indigenistas, los wichí viajaron reiteradas veces a la capital de la provincia de Chaco buscando el apoyo del gobierno. Como resultado de esos viajes, emprendidos por Simón Lazarte, Dionisio Matorras, Ernesto Reynoso, entre otros, consiguieron atraer a nuevos agentes indigenistas a la zona: Guillermina

Hagen y Diego Soneira. Esto es menos claro en el caso de los franciscanos, aunque el acompañamiento y protección recibidos por los primeros religiosos que llegaron a la zona sugiere un interés hacia ellos de parte de los wichí.

Nótese el parecido entre la búsqueda de agentes indigenistas por los wichí y la búsqueda de ladrilleros por los agentes indigenistas. En ambos casos, los conocimientos viajan con las personas (agentes indigenistas, ladrilleros), se transmiten mediante el hacer y tienen sentido en términos de uso. Respecto de lo último, la repetición sistemática de las instancias de formación (cursos, capacitaciones) es especialmente sugerente. Si los franciscanos habían promovido la fabricación de ladrillos, ¿cómo es que, al llegar Guillermina Hagen a la zona, no encontró a nadie con conocimientos en ese oficio? Y similarmente, ¿acaso Diego Soneira no habría encontrado en El Sauzalito a alguien que supiera fabricar ladrillos, considerando que la cooperativa de Misión Nueva Pompeya realizaba labores en la zona desde hacía algunos años? No sólo no encontraron a personas con esta formación, tampoco encontraron construcciones con ladrillos. Así es que, al llegar a la zona, los agentes indigenistas promovieron la elaboración de ladrillos «en articulación» con la construcción de edificaciones varias (viviendas, hospitales, puesto sanitario, escuelas, templos, etcétera) a cambio

de una remuneración por el trabajo realizado. En definitiva, con los agentes indigenistas viajaron conocimientos (por ejemplo, referidos a planos, estructuras edilicias y materiales de construcción) que se transmitieron mediante el hacer (búsqueda de persona idónea, organización de instancia de formación, entre otros) y tuvieron sentido en términos de uso (las edificaciones sirvieron para alojar personas y servicios comunitarios — educación, salud, empleo, etcétera— y los constructores fueron remunerados en dinero o en especie).

Para los wichí, el uso del ladrillo se generalizó en sintonía con: (i) la construcción de un pueblo hecho con material cocido; (ii) el acceso a dinero o equivalente mediante trabajo en relación de dependencia o autónomo, y (iii) la creación de estrategias que podríamos llamar de «amortiguamiento cultural».

La construcción del pueblo implicó una transformación rotunda del paisaje, parecida a lo ocurrido en territorios kaiowa. Al respecto, hacia 1870, la instalación de empresas de extracción de yerba mate y emprendimientos agrícolas cambió la ecología de la región, dejando un paisaje con predominio de pastos, ganado, campos de soja y plantaciones de caña de azúcar (Mura, 2011). Con las ciudades llegaron a la región productos elaborados con materiales varios —metal, plástico, vidrio, entre otros— además de objetos mecánicos, electrónicos, herramientas y alimentos, que los kaiowa captaron mediante vínculos con comerciantes, agricultores

y agentes indigenistas (Mura, 2011). En nuestro caso, las edificaciones dan cuenta de la conducción de la circulación por caminos vehiculares, la repetición de una disposición espacial en cuadrícula, el traslado de agua hacia edificaciones seleccionadas y el uso de herramientas especializadas.

El dinero o equivalente se habría tornado cada vez más importante tras los mencionados cambios en el paisaje. Entonces, para construir una edificación se requería dinero, al menos, para adquirir insumos y herramientas. A su vez, el dinero podría obtenerse de la misma actividad, esto es, se podría cambiar trabajo en construcción (como ladrillero), ya sea mediante relación laboral de dependencia, ya sea de modo autónomo, por dinero. La última es la situación de Sebastián y compañía, que producen ladrillos (y escombros), de primera y segunda calidad, a pedido (por encargos) o por oferta sin pedido previo.

Con «amortiguamiento cultural» nos referimos a las estrategias implementadas para producir la convivencia de dos o más usos posibles. En este sentido, recordemos lo siguiente: las viviendas elaboradas con ladrillos duran más que las «enramadas». Al respecto, siguiendo a Binford (1979) y Escola (2004), Montani (2017: 186) postula que mientras la choza «cubierta con ramas, hojas, pasto o paja» corresponde a una «tecnología expeditiva» que requiere «poca inversión de energía y tiempo», la vivienda de ladrillos correspondería a una «tecnología conservada» que implica la inversión de mayor cantidad

de energía y tiempo, lo cual se traduce en edificaciones más duraderas. Al escoger ladrillos como material de construcción una pensaría que a la persona le interesa la durabilidad de la edificación. Sin embargo, la duda surge cuando las personas se deshacen de la vivienda ante el fallecimiento de un familiar. Acerca de ello apunta Montani:

Entre los wichís los bienes materiales no se dejan en herencia y la norma ideal indica que los deudos que pertenecen al grupo doméstico del difunto —en especial si este fue su líder— deben deshacerse de la casa inmediatamente, [...] abandonándola o destruyéndola total o parcialmente, así como también de los bienes personales del muerto. (Montani, 2017: 201)

En consonancia con lo expresado por Montani (2017), la venta de la vivienda sujeta a abandono por fallecimiento de familiar, aparece como mecanismo que posibilita la persistencia de la edificación y el cumplimiento de la norma que rige para los deudos del fallecido. Ahora, si ante un fallecimiento la persona está dispuesta a cambiar de vivienda ¿es la «durabilidad» la característica apreciada de la edificación? Quizás esta cualidad sea valorada, aunque en general, no a la hora de elegir el tipo de construcción de la propia vivienda. Los cambios en el paisaje y la multiplicación de este tipo de casas habrían viabilizado la circulación «entre» viviendas similares, lo que nos deja ante el hecho de que, como dice el dicho («una golondrina no hace primavera»), una sola vivienda de ladrillos no hace un pueblo.

Trazamos los inicios de la fabricación de ladrillos con turbina a los años 1971, 1972, cuando el padre de Marcelo aprendió, articulando conocimientos de los abuelos salteños con el curso organizado por la cooperativa en Misión Nueva Pompeya. Es llamativo que este sistema esté en vigencia, y a la vista en la ladrillería de Sebastián en Pozo del Toba, 45 años después de aquella instancia de formación.

Para analizar las transformaciones de tierra a barro, de barro a adobe y de adobe a ladrillo consideremos lo planteado por Mura (2019) respecto de la variedad de materiales y formas en las viviendas kaiowa. Por un lado, el equipaje de conocimientos técnicos y los contextos socio-ecológicos-territoriales actuales permiten configuraciones habitacionales que combinan materiales provenientes del bosque o del campo con materiales de otro origen, por ejemplo, chapas metálicas, tejas de barro cocido, tejas de cedro, tejas de plástico. Por otro lado, la variedad de formas de las viviendas da cuenta del repertorio de posibilidades disponibles a cada individuo y los límites impuestos por las características de los materiales, entre otros. En nuestro caso, los conocimientos que se ponen en juego con la fabricación de ladrillos están estrechamente unidos al entorno, en particular, a las características de los materiales y a las condiciones climáticas.

La tierra debe reunir ciertas características y se obtiene de lugares específicos. Antes de ser utilizada,

atraviesa un proceso de preparación que consiste en agregarle agua y mezclarla con fibras vegetales secas o con estiércol de cabra, burro o vaca. Mezclar y mezclar hasta conseguir el barro, una pasta «manejable», que se moldea hasta adquirir forma de adobe.

Las condiciones climáticas pautan momentos de elaboración. Los productores de ladrillos prestan especial atención al sol, la lluvia y el viento. La temperatura del sol, útil para secar los adobes, puede tornarse insoportable cuando la producción,

en particular el momento de quema, coincide con el verano chaqueño. Por su parte, el agua que trae la lluvia, útil para humedecer la tierra y fabricar el barro, puede marcar indeseablemente los adobes si cae justo cuando se están secando al sol y contribuir al desgaste físico del productor cuando coincide con el momento de cocción. Finalmente, el aprovisionamiento de leña en la etapa de cocción se hace considerando la intensidad del viento, que estimula o deprime la llama.

Conclusión

La incorporación gradual del ladrillo en las construcciones se produjo en un contexto de interacción entre pobladores wichí y agentes indígenas.

Antes de la llegada de los franciscanos a la zona, a comienzos del siglo XX, las viviendas no se construían con ladrillos. Fueron los religiosos quienes impulsaron este tipo de edificación, práctica que se mantuvo hasta su partida en 1949. Luego de aproximadamente veinte años llegó Guillermina Hagen a la zona y no encontró casas hechas con ladrillos. Desde la cooperativa promovieron la construcción edilicia con material cocido. Hacia 1973, cuando Diego Soneira llegó a trabajar al lugar, tampoco encontró construcciones realizadas con ladrillos. Para el 2023 la mayoría, si no todas, las casas construidas en los pueblos de Misión

Nueva Pompeya y El Sauzalito estaban hechas con ladrillos.

En más de 120 años se configuró un mercado para el ladrillo. Si tiempo atrás las casas eran hechas generalmente por sus usuarios, con el ladrillo aparece, por un lado, el ladrillero, esto es, una persona especializada en su producción, dispuesto a cambiarlos por una retribución en dinero o equivalente. Por otro lado, el comprador dispuesto a cambiar dinero o equivalente por ladrillos.

Esa persona especializada, que encarna conocimientos, es la que llega reiteradas veces a la zona. Como si se tratara de un implante, traslada consigo conocimientos que transmite con el hacer, que prosperan siempre que sean útiles a los fines de los usuarios, quienes, al usarlos, los hacen circular. Al contrario, la falta de uso los limita espacial y temporalmente.

Es lógico que en este contexto el dispositivo «venta» haya demostrado ser útil para compatibilizar usos que al principio parecían contradictorios. La durabilidad de la edificación con ladrillos y el abandono de la misma, como consecuencia del fallecimiento de un familiar, conviven porque se puede vender la vivienda a la vez que se puede circular entre viviendas similares.

A todo esto, no es menor el hecho de que el ladrillo circula porque la tierra y las condiciones climáticas también lo permiten. Al respecto, la relevancia que el viento y la temperatura tenían, para

decidir la ubicación de la enramada, persiste hoy a lo largo del proceso técnico de elaboración de ladrillos.

Finalmente, el estudio trasciende el ámbito provincial del Chaco al destacar, por un lado, la importancia de analizar los objetos —en este caso, el ladrillo— no de manera aislada, sino en relación con los materiales, conocimientos, entornos y actores que los configuran; y, por otro, al subrayar la capacidad de agencia de los pueblos indígenas, junto con las interpretaciones y valoraciones históricas que esta implica.

Bibliografía

Beck, H. (2022). *Relaciones entre blancos e indios en los Territorios Nacionales de Chaco y Formosa: 1885-1950*. Instituto de Investigaciones Geohistóricas. <https://riunne.unne.edu.ar/handle/123456789/58837>

Binford, L.R. (1979). Organization and formation processes: Looking at curated technologies. *Journal of Anthropological Research*, 35(3), 255-273. <https://doi.org/10.1086/jar.35.3.3629902>

Ceriani Cernadas, C. (2013). Entre la confianza y la sospecha: Representaciones indígenas sobre las experiencias chaqueñas de misionalización protestante. En F.C. Tola, M.C. Medrano y L. Cardin (Eds.), *Gran Chaco: Ontologías, poder, afectividad* (pp. 297-320). Asociación Civil Rumbo Sur.

Cooperativa de Trabajo Agrícola y Producción e Industrialización Nueva Pompeya Limitada (27 de noviembre de 1972). *Informe*. Inédito. Cooperativa de Trabajo Agrícola y Producción e Industrialización Nueva Pompeya Limitada.

Dorfman, A. (1988). Into another jungle: The final journey of the Mataco? *Grassroots Development*, 12(2), 2-15.

Doyle, P. (1997). *Camino: Desde la marginación... a la libertad*. Edición de autor.

Escola, P.S. (2004). La expeditividad y el registro arqueológico. *Chungara: Revista de Antropología Chilena*, 36(supl. 1), 49-60.
<https://doi.org/10.4067/s0717-73562004000300008>

Franceschi, Z.A. (2021). Un siglo de misiones: Trabajo y máquinas en el monte chaqueño con los wichís de la Misión Nueva Pompeya. En N. Richard, Z.A. Franceschi y L. Córdoba (Eds.), *La misión de la máquina: Técnica, extractivismo y conversión en las tierras bajas sudamericanas* (pp. 95-117). Bononia University Press.

_____. (2022). Parte primera. En Z.A. Franceschi, *Historia de vida de una mujer wichí del Chaco argentino* (pp. 27-126). Bononia University Press.

Giordano, M.L. (2003). De jesuitas a franciscanos: Imaginario de la labor misional entre los indígenas chaqueños. *Revista Complutense de Historia de América*, 29, 5-24.

_____. (2004). *Discurso e imagen sobre el indígena chaqueño*. Al Margen.
<http://hdl.handle.net/11336/111315>

Gobelli, R. (1912). *Memorias de mi prefectura y apuntes sobre el Chaco*. Imp. y Lib. de Tula y Sanmillán.

_____. (1913). *Memorias de mi prefectura y apuntes sobre el Chaco (parte segunda)*. Imp. y Lib. Rafael I. Tula.

Guber, R. (2016). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Norma.

Hermitte, E. (1995). *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la provincia del Chaco y políticas para su integración a la sociedad nacional. Tomo II*. Universidad Nacional de Misiones.

Iñigo Carrera, N. (1979). *La violencia como potencia económica: Chaco 1870-1940. El papel del Estado en un proceso de creación de condiciones para la constitución de un sistema productivo rural*. Cuadernos del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales.

_____. (1998). El problema indígena en la Argentina. *Razón y Revolución*, 4, 1-18.

_____. (1999). ¿Reserva o excluidos? El caso de la población aborígen y criolla en una localidad del Impenetrable chaqueño (1970-1998). *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, 14, 517-531.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2022). *Censo nacional de población, hogares y viviendas*. https://censo.gob.ar/index.php/datos_definitivos_chaco/

Lanusse, L. (2007). La monja rebelde: Guillermina Hagen. En L. Lanusse, *Cristo revolucionario: La iglesia militante* (pp. 91-134). Vergara.

Leone, M. (2019). «Por la liberación del indígena»: Trabajo pastoral y proceso de organización política en la región del Gran Chaco argentino (1965-1984). *Sociedad y Religión*, 29(51), 112-141. <http://hdl.handle.net/11336/122876>

_____. (2022). *En el nombre de otro: Cristianismo y pueblos originarios en la región chaqueña argentina, 1965-1994*. Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de Misiones. <https://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/book/1947>

Montani, R. (2017). *El mundo de las cosas entre los wichís del Gran Chaco: Un estudio etnolingüístico*. Itinerarios.

Mura, F. (2000). *Habitações Kaiowá: Formas, propriedades técnicas e organização social*. Disertación de maestría. Universidade Federal do Rio de Janeiro.

_____. (2011). De sujeitos e objetos: Um ensaio crítico de antropologia da técnica e da tecnologia. *Horizontes Antropológicos*, 17(36), 95-125. <https://doi.org/10.1590/S0104-71832011000200005>

_____. (2017). A política como técnica de uso e como ato transformador: Algumas reflexões a partir do caso dos Kaiowa de Mato Grosso do Sul. En E. Sautchuk (Org.), *Técnica e transformação: Perspectivas antropológicas* (pp. 37-68). Associação Brasileira de Antropologia Publicações. https://www.abant.org.br/files/142_00160298.pdf

_____. (2019). *À procura do «bom viver»: Território, tradição de conhecimento e ecologia doméstica entre os Kaiowa*. Associação Brasileira de Antropologia Publicações. <http://laced.etc.br/acervo/livros/a-procura-do-bom-viver/>

Perret, M.F. (2019). *La artesanía indígena chaqueña y el mercado: Los casos qom y wichí de Fortín Lavalle y El Sauzalito*. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de Misiones. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/79095>

_____. (2022). Vegetales siempre sembrados: Relaciones humano-vegetales con impronta wichí en Misión Nueva Pompeya. *Indiana*, 39(1), 225-240.

_____. (2023). El trabajo en «la cooperativa» de Misión Nueva Pompeya entre 1969 y 1973. *Revista de Prácticas y Discursos*, 12(1), 1-15. <https://doi.org/10.30972/dpd.12196678>

_____. (2024). «Por eso ahora tenemos pensión»: Trabajadores y patrones en El Sauzalito (Chaco, Argentina) en los 70. *Quinto Sol: Revista de Historia*, 28(3), 1-21. <http://dx.doi.org/10.19137/qs.v28i3.7656>

Pompert de Valenzuela, M.C. (2003). *Política indigenista en el Chaco*. Moglia S.R.L.

Teruel, A.A. (1995). Introducción. En *Misioneros del Chaco Occidental. Escritos de Franciscanos del Chaco Salteño (1861-1914)* (pp. 7-12). Centro de Estudios Indígenas y Coloniales.

Trinchero, H., Piccini, D. y Gordillo, G. (1992). *Capitalismo y grupos indígenas en el Chaco Centro-Occidental (Salta y Formosa)*. Centro Editor de América Latina.

Viñuales, G.M. (1977). Misión Nueva Pompeya. *Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 5, 28-33.

_____. (1 al 5 de septiembre de 1997). Inicios de la Misión Nueva Pompeya. En *Quinto Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*. Resistencia y Corrientes, Argentina. Academia Nacional de Historia.